

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Subscription: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 6 trim. Extranjero ptas. 8 trim.

REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

Escudillers Bianchs, 8 bis, bajos.

Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 680.

Crónica diaria. Del Corpus sarrianés.

Se trabajó mucho, es verdad, las pobres mujeres y el peluquero hicieron esfuerzos sobrehumanos para dejar terminado su cometido en hora hábil, pero el éxito coronó sus afanes, y á las diez en punto salió de su casa para presidir la procesión del Corpus, e magnífico don José Margenat y Tobella, alcalde de Sarriá, con los pantalones y la levita sin una sola arruga, los guantes lavados, la camisa bien planchada, las botas con sus tacones y medias suelas nuevos, el bigote rizado, la barba afeitada y la pelusilla de su calva, aquella ridícula y sucia pelusilla, completamente depilada.

Cuando se dirigió á la iglesia estaba realmente espléndido. Las mujeres del mercado, al verle tan erguido, acartonado, rizado, exclamaban gozosas:

—¡Fa goig en Quimet!

—¡Ay, filla! ¡Qui l'ha vist y l'heu! ¡Cuan anava per aquí ab els mochs penjant!.. Cuan á casa seva el puleixen, sembla un senyor de veras.

Y salió la procesión. Y después de la vuelta de rigor por varias calles regresó á la iglesia. Y este es el momento culminante. Pausadamente va subiendo la custodia las escaleras de la iglesia. A ambos lados de la puerta se agolpan un centenar de personas. La escolanía ha penetrado en el templo y las campanas doblan solemnes. La puerta se abre de par en par y entonces la custodia entra en el templo. La banda, al pie de la escalera, ataca con bríos las primeras notas de la *Marcha Real*. Y el alcalde Quimet Margenat, siente entonces un calorillo que se le sube á la cabeza. Se arregla la levita, empuña fuertemente la vara y posa su mirada sobre los infelices que le miran al pasar, mientras los sonidos de la *Marcha Real* atruenan los aires.

Esta escena dura poco, á pesar de que Margenat procura alargarla yendo muy despacio. Pero en estos cortos instantes Margenat se crece, sueña y se considera un ministro de la Corona, una especie de Maura ó Canalejas cuando al llegar á una población les cantan el *Te Deum*. Es un momento de felicidad, de gloria, de sueño embriagador, que sólo comprenden y gozan los consumidores de ajeno, de hastschich ó de opio y... los Margenat.

Pero todo pasa, como dijo Santa Teresa. Y al fin se cierran las puertas del templo y nuestro *peñit* alcalde regresa á pie á su casa, triste, con el amargor de la dicha desaparecida y la prosaica sequedad del banquete casero. Dos días han estado en su casa limpiendo, cosiendo, planchando, quitando manchas. Luego el momento solemne, embriagador, de sublimes ensueños. Luego, nada: el Margenat de todos los días, de americana corta y calva con pelusa.

Lo que él diría si supiese latín: *¡Sic transit gloria mundi!*

Gaceta.

Los vecinos de la calle del León nos suplican que llamemos la atención del Ayuntamiento sobre el mal estado en que se halla dicha vía, pues después de construída la cloaca el empedrado ha quedado peor que estaba, dando lugar á que en días de lluvia se forman grandes charcos que llegan á confundirse con el que en todo tiempo del año se forma alrededor de la fuente que hay en la referida calle.

No con menos razón se quejan los vecinos de la calle de León XIII (San Gervasio) por lo cual el tránsito rodado es imposible, á menos de correr el riesgo de sufrir un grave accidente.

El lamentable incidente ocurrido el miércoles último por la tarde en el despacho de la Alcaldía entre un concejal y un periodista tuvo á primeras horas de esta madrugada una segunda parte siempre lamentable por el escándalo á que ha dado lugar en plena vía pública.

Entre una y dos de la madrugada regresaba á su domicilio el aludido concejal, siguiendo el mismo camino que acostumbra todas las noches; al dejar la Rambla para entrar en la calle de Pelayo, salióle al encuentro el referido periodista, percibiéndose inmediatamente el rumor de enconada lucha.

Atraídos por las voces y el fragor de los golpes que rudamente se repartían acudieron varios agentes de la autoridad y numeroso público, separando los primeros á los contendientes, que fueron conducidos á la Delegación del distrito.

En el lugar de la ocurrencia quedó buen número de curiosos haciendo sabrosos comentarios del suceso.

En el local de la Sociedad de Industriales Mecánicos y Metalarios se ha reunido, bajo la presidencia de don Emilio Riera, la Comisión organizadora del primer Congreso nacional de industrias metalúrgicas que se celebrará en Barcelona el próximo Octubre. Dicha Comisión, formada de dos Comités, la componen los siguientes señores: Don Emilio Riera, presidente; don Amado Casajuana, vicepresidente; don Octavio Domenech, secretario; don Eloy Detouche, tesorero, y don José Lacambra, don Francisco Crespo, don Juan Escorsa, don Aurelio Ras, don Andrés Guillamot, don Augusto de Rull, don Octavio Salter y don José A. Barret, vocales del Comité ejecutivo. El Comité de propaganda lo componen: Don Eloy Detouche, que, como tesorero del ejecutivo, fué nombrado presidente nato de este Comité, y don Enrique Padró, don Antonio Amat, don Francisco Mestres, don Enrique Cardellach, don Laureano Moreno y don Juan Torras, vocales. Como se ve, están en ellas representadas en sus más importantes elementos la Agrupación de Industrias Siderúrgicas y Metalúrgicas del Fomento del Trabajo Nacional y la Sociedad de Industriales Mecánicos y Metalarios de esta ciudad, las cuales iniciaron la idea del Congreso y son ahora los propulsores de su ejecución. También tiene su representación en el seno de la Comisión organizadora la Asociación de Ingenieros, Asociación de Arquitectos, Escuela de Ingenieros Industriales y Escuela de Artes y Oficios en las personas de sus respectivos presidentes y vocales de sus Juntas directivas. Los reunidos en la sesión de ayer cambiaron impresiones sobre el desarrollo de los trabajos de organización del mismo y de las numerosas é importantes adhesiones que se vienen recibiendo de los industriales metalarios de las diferentes provincias, como de las cartas de los condes Romanones y de Zubiría, don Juan Navarrotrevertier y don José de Orueta, alentando y estimulando la labor que se trata de llevar á cabo. Las impresiones recogidas permiten asegurar que en la época del Congreso se reunirán en Barcelona la casi totalidad de los productores de tan importante ramo de la riqueza nacional.

La excursión marítima á Tarragona organizada por el Gimnástico Sportman's Club promete ser por demás simpática y concurrida.

En efecto, las listas puesas en los diferentes establecimientos de esta capital para la inscripción de los excursionistas empiezan á llenarse. Además la Junta de Atracción de Forasteros de Tarragona, animada de los mejores propósitos, se dispone á hacer un entusiasta recibimiento á los excursionistas barceloneses, los cuales serán recibidos también oficialmente por una representación del Ayuntamiento tarraconense.

Es de esperar que esta fiesta resultará magnífica y espléndida visto las buenas condiciones en que se celebra y el carácter francamente cordial y deportivo.

De Aragón, periódico regionalista de Zaragoza, tomamos lo siguiente, que bien merece ser conocido:

La ópera en catalán.—Paco Viñas, el gran tenor enamorado de su arte, y Lamote d'Grignon, el notable maestro, honraron nuestra casa en visita de despedida.

Venían un poco resentidos de otras Redacciones, en donde, al decir Viñas que despediría se del público zaragozano en la función á beneficio de la Asociación de periodistas cantando el racconto de *Lohengrin* en catalán, después de haberlo cantado en castellano, creían haber advertido cierto gesto molesto.

¡Cantar en catalán! Si, señor; ¿por qué no? ¿No es más comprensible para nosotros la lengua de Verdaguer que la de Leopardi? Además, es preciso tener en cuenta cómo han nacido las traducciones catalanas, cuidadosamente hechas por verdaderos amantes del arte, artistas ellos mismos, tal como don Joaquín Pena, á quien se debe la traducción de gran parte del teatro wagneriano.

Comprendemos el sentimiento de Viñas, subrayado con expresivas miradas de Lamote d'Grignon. La labor musical de Cataluña no merece que se la reciba con ninguna clase de prevenciones.

Que lleven feliz viaje tan distinguidos artistas, con la seguridad de que á nosotros no nos suena mal la música cuando se canta en catalán, más nuestro siempre que no el italiano.

¡Buen palmetazo ha dado el simpático Aragón á la Prensa zaragozana, á quien alude, y valiente manera tiene de hacer España Prensa tan intrasigente!

Porque, como dice muy bien el periódico Aragón, el idioma catalán siempre es «más nuestro», es decir, más español que el italiano.

¿Tanto cuesta comprender las doctrinas federales?

Conferencias y reuniones.

Esta tarde, á las cuatro, visitarán la Exposición de las últimas evoluciones del Arte instalada en el Círculo Artístico los pintores polacos que exponen algunas de sus obras en las galerías Dalmau, habiéndose organizado con este motivo en dicho Círculo una recepción que promete verse concurridísima, dado su carácter público, por los aficionados al arte moderno.

La sección de Fotografía del Centre Excursionista de Catalunya tiene organizada una excursión en automóvil á Tarragona, al objeto de visitar especialmente el Arco de Bará, Tamarit, castillo del marqués de Tamarit, sepulcro de los escipiones y acueducto romano. Se darán detalles en el local de dicha Sociedad (Paradís, 10, principal) y hasta el día 11 podrán inscribirse los que quieran asistir, si antes no se ha completado el número de plazas que permite el automóvil.

La Academia Médico-Homeopática celebrará sesión ordinaria mañana, á las diez de la noche, como preparatoria para la general que tendrá lugar el lunes próximo, á las nueve y media de la noche, en el Fomento del Trabajo Nacional.

La Lliga Regionalista de Gracia tiene en organización una serie de conferencias. La primera de ellas tendrá lugar mañana, á las nueve y media de la noche, en la cual el abogado señor Cortada disertará sobre el tema «Las garantías constitucionales y los decretos de suspensión».

La Societat d'Estudis Econòmics celebrará junta general ordinaria para proceder á la renovación de los cargos de su Junta directiva pasado mañana, á las diez de la misma, en su local social.

El próximo domingo, á las cuatro de la tarde, don M. Massó Llerens, profesor de Tecnología textil, dará una conferencia sobre el «Desengraso de la seda» en la Unión Industrial (Alvarez, 6).

En el Centre Autonomista de Dependents del Comerç y de l'Industria hoy, á las diez menos cuarto de la noche, don José Lleonart leerá la sexta conferencia sobre Miguel Angel.

La Academia de Higiene de Cataluña celebrará sesión ordinaria hoy, á las nueve y media de la noche, en su local social.

Hoy, á las diez de la noche, en el Ateneo Enciclopédico Popular el profesor de Teoría y Cálculo mercantil del mismo, don Fernando Boter Mauri, dará una conferencia pública sobre el tema «Medida del tiempo», ocupándose del fundamento científico de las correcciones del calendario y del sistema horario internacional.

El Sindicato productor de obreros picapedreros pone en conocimiento de todas las Sociedades obreras, Sindicatos, constructores, arquitectos y constructores de edificios en general, que ha trasladado su domicilio al taller colectivo, calle de Rosellón, 132.

Noticia de los fallecidos el día 5 de Junio de 1912.

Cesados 6	Viudos 0	Solteros 4	Niños 6	Abortos 1	Nacidos 1	Varones 19
Casadas 5	Viudas 7	Solteras 2	Niñas 9			Hembras 29

Un país salvado por los árboles.

Hace cuatrocientos años los habitantes de Jutlandia (Dinamarca) destruyeron sus bosques. Por el año 1500 toda la parte central y occidental de la Península, cuyo suelo es muy pobre, habíase transformado en un desierto de dunas y breñas, y la gente, que no sabía que los bosques eran la condición principal para la vida humana en aquella parte del país, tuvo que abandonar las tierras que por ignorancia había arruinado.

Pero años después prodújose una reacción, y en 1805 se promulgó una ley forestal, gracias á la cual se salvaron la mayor parte de los bosques que quedaban. Al promulgarse dicha ley hacía unos cien años que se venían repoblando los bosques tan absurdamente destruidos; el Gobierno ayudaba á la obra; pero los resultados eran poco satisfactorios. Mientras la costa oriental de Jutlandia se hallaba cubierta de árboles y sembrados de todas clases, por las regiones del centro y de occidente sólo se veían oscuras breñas. Una quinta parte del área total de Dinamarca era un desierto y otra área aun mayor se aprovechaba de un modo imperfecto.

Los muchos fracasos sufridos en la plantación y cultivo del brezo había convencido á mucha gente de que era inútil gastar más dinero y más energía en aquel problema, hasta que tomó el asunto á su cargo el coronel E. Dalgas, ingeniero del Ejército danés, y fundó, en 1866, la Sociedad del Brezo. El Gobierno también apoyó la obra, concediendo una subvención, pequeña al principio, pero en los años siguientes se aumentó, no sólo con los recursos oficiales, sino con las suscripciones particulares.

Animada la gente, sólo faltaba encontrar

un árbol que pudiera desarrollarse en las diversas condiciones que el terreno ofrecía, y se eligió el pino negro de Europa central (*Pinus montana*), que crece vigoroso á pesar de los vientos y de las sequías y en terrenos húmedos y fríos. En los mismos lugares donde no progresa el pinabete, si se planta solo, crece vigorosamente si se planta mezclado con el pino negro, y con la base de este descubrimiento se estableció un nuevo sistema de plantío, poniendo un pino negro por cada dos, tres ó más pinabetes, según la calidad del suelo. Después se descubrió que si bien el pino negro es una excelente nodriza del pinabete en los primeros tiempos de éste, cuando llega á cumplir diez años, lejos de ayudarlo á crecer, entorpece su desarrollo. En cambio, si se corta el pino antes de esta época, subsiste la vitalidad comunicada á los pinabetes de alrededor, y éstos continúan creciendo como si hubieran sido plantados en buen terreno. Tan notable descubrimiento fué realizado por Christian Dalgas, hijo del coronel Dalgas, que ha dedicado su vida á la continuación de la gran obra comenzada por su padre, y gracias á los esfuerzos y al dinero de todos, hoy se va poblando de árboles el terreno antes pelado.

Cuando los pinos han cumplido su misión de sacar adelante á los pinabetes, se cortan y se emplean como estacos para setos, para hacer carbón y para extraer alquitrán.

El pinabete más usado es el pinabete blanco (*picea alba*) y el pinabete rojo (*picea excelsa*). El primero procede de América y por sus especiales condiciones se adapta muy bien á los puntos más expuestos á los fuertes vientos reinantes en Jutlandia.

La arena embellecedora.

Las damas parisienses empiezan á utilizar un nuevo medio de conservar la belleza. El novísimo agente embellecedor es el baño de arena, la cual para que resulte eficaz debe proceder de las orillas de la mar y estar muy limpia y cuidadosamente purificada.

Para aplicar el tratamiento arenoso se calienta la arena, se pone un montón en una manta negra extendida en el suelo, y la masajadora da un vigoroso masaje á la bella víctima con grandes puñados de arena. Con esto se consigue que la piel adquiera un color

muy saludable. Para reducir las caderas, la amasadora hace rodar á la paciente sobre la arena.

Ambos tratamientos van seguidos de un corto descanso en la arena, y después se administra una ducha arenosa por medio de un aparato especial.

Para impedir consecuencias graves, antes de empezar la sesión de masaje arenoso se prepara la piel pasándola un cepillo suave y untándola una crema suavizadora.

—¿Qué tiene que decirme de mi yerno?

—Un momento, señor marqués; antes es preciso que nos entendamos.

—¿Entendernos? ¿Con usted? No le comprendo; explíquese.

—Un poco de paciencia; yo he venido aquí á hablarle del marido de su hija, á revelar un secreto cuya divulgación no le sería á usted muy agradable. Si me hubiese dirigido á Darío, estoy seguro que por hacerme callar me habría dado la mitad de su fortuna; pero yo deseo ganar menos y desquitarme de una mala jugada que me hizo su yerno.

El marqués sentía ganas de llamar á un criado para que arrojase de su casa á *Fischietto*.

Pero pudo dominarse.

—Si usted cree que va á estafarme el dinero ha equivocado el camino; le advierto que le haré prender.

—Mejor; así promoveré un escándalo, porque yo probaré ante todos la verdad de cuanto venía á decir á usted solo.

El marqués, comprendiendo que el granuja, que nada tenía que perder, no retrocedería ante ninguna cosa si podía sacar provecho de ella, preguntó con voz sorda:

—En suma, ¿por cuánto me vende su secreto?

—Usted mismo fijará la suma; me entrego á su discreción; por ahora me basta su palabra, puesto que quiero demostrarle que no he venido aquí á robarle el dinero.

El marqués le miraba atónito.

—Mire si alguien nos escucha—agregó *Fischietto*.

El gentilhomme, presa de una especie de espasmo, fué á abrir la puerta, se cercioró de que no escuchaba nadie, volvió á cerrar, corrió el portier, y después, sentándose de nuevo al lado del granuja, dijo:

—Ahora puede hablar libremente.

Fischietto, con la brutal franqueza que le caracterizaba y dejando escapar de vez en cuando algunas palabras de aquella jerga usada entre ladrones, relató difusamente la historia del falso conde de Monterani, mezclando también parte de lo de Alda.

El marqués escuchó primero con aire de incredulidad, después sintió oprimírsele el corazón y, por último, no pudiéndose contener, asió por un brazo al joven.

—¡Miserable!—exclamó con exaltación—. ¿Tú osas sostener que el conde de Monterani es un ladrón, un asesino?

Fischietto lanzó un gemido de dolor; los dedos del gentilhomme le triturraban los huesos.

—¡Infame, bribón, dí que es todo una mentira!

—Puede matarme, que yo repetiré siempre que es la verdad.

En el rostro del marqués se reflejaba la ira.

—¡Las pruebas, quiero las pruebas!

—Se las daré, pero déjeme. ¡Vaya una manera de tratar á quien viene á prestarle un importante servicio!

El marqués aflojó los dedos; el brazo de *Fischietto* cayó pesadamente á lo largo del cuerpo; pero el gentilhomme miraba al granuja de una manera tan amenazadora, que éste se apresuró á sacar del bolsillo interior del chaleco una cartera y á extraer de ésta una carta amarillenta.

—Aquí tiene la prueba—dijo el granuja entregando la carta al marqués.

—¿Qué es esto?

—Mire.

El gentilhomme desdobló la carta que sacó del sobre y reconociendo la letra de Darío tembló y sus miradas se volvieron torvas; aquellas letras bailaban ante sus ojos, sin que pudiese distinguir ni una palabra.

«Mi adorada Alda.

Tu carta me ha puesto de mal humor. Ten paciencia; mi ausencia no durará mucho y cuando vuelva á tus brazos no seré ya el pobre Giulio, que sólo á fuerza de astucia y de trabajos lograba vivir, sino que me llamaré el conde Darío de Monterani... Tú participarás de mis riquezas y no tendré ya que pensar en tu porvenir.

Desecha tus aprensiones, tus vanos temores; rasga aquella página lúgubre de la vida, como yo he hecho.

No recuerdo ya mi crimen, no siento remordimientos. Desde que supe que el *Tenebroso* era el único heredero de la fortuna del conde de Monterani acaricié la idea de matarle y ocupar su puesto.

Y ahora que lo he logrado, ahora que me encuentro rico, poderoso, con un nombre estimado, ¿voy á sentir escrúpulos, á abrigar vanos temores?

Te ruego, Alda, que no seas débil ahora, tú que presenciaste sin temblar el crimen, que has sostenido pruebas bastante duras con una audacia que aun me sorprende.

Los muertos no vuelven, ten la certeza; así, pues, desecha esos temores, que podrían comprometernos.

Yo te amo, ya lo sabes, y no tengo más que un solo deseo: verte y abrazarte pronto.

Rasga esta carta, como todas las demás, porque perdiéndome yo te perderías tú también.

Te ruego que no me llames más Giulio; para ti, como para todos, ahora no soy más que el conde Darío de Monterani.

Te beso mil veces; hasta la vista.»

El marqués de Castellazzo permanecía con la carta abierta en las manos, mirándola con ojos extraviados.

Parecía que no hubiera comprendido; sentía turbada su razón; la sangre le aflujó al cerebro; le parecía que las sienes le iban á estallar.

¿Era posible que un miserable de aquella especie se hubiese introducido en su familia, con las manos aun manchadas de sangre, con un nombre y una fortuna robados?

¿Era posible que él hubiese entregado su adorada hija á un ladrón, á un asesino?

Y aquella Alda á la que él había socorrido, de la que fué tantos meses el amigo, el protector, ¿era la cómplice de Dario?

Y se explicaba ciertas reticencias de ella, su odio contra aquel hombre cuyo nombre y fortuna esperaba disfrutar, su turbación cada vez que él la había preguntado el nombre del individuo por quien fué engañada.

—¡Los infames! ¡Los infames!—repitió en voz baja, ahogada por la cólera.

A la terrible sorpresa que le había dejado atontado, sucedió un acceso de loca rabia.

Se levantó; sus ojos extraviados, brillantes, atemorizaron á *Fischietto*.

—¡Dime que esta carta es falsa!—exclamó el marqués—; ¡dime que has mentido, y no sólo te perdonaré, sino que te daré cuanto dinero quieras!

—Yo no he venido aquí á cometer una estafa; cuanto le he dicho es la verdad; ahora que tiene la prueba, interroga á su yerno y verá cómo yo no he mentido.

El marqués se acercó al escritorio, abrió uno de los cajones, sacó un fajo de billetes de Banco y se los tiró al granuja diciéndole:

—¡Toma y vete, y que yo no te vuelva á encontrar nunca en mi camino si no quieres que te mate como á un perro rabioso!

Tocó con violencia el timbre.

Fischietto comprendió que el marqués no amenazaba en vano y que quizás no saldría bien librado si permanecía con él algunos minutos más. Así, se apresuró á guardarse los billetes y á seguir humildemente, sin proferir palabra, al criado que compareció.

El gentilhombre, cuando estuvo solo, hizo un gesto de angustioso desánimo, se pasó una mano por la frente, que le ardía terriblemente, cogió el sombrero, dejó enseguida el palacio y subió al primer coche que encontró vacío, diciendo rápidamente al cochero:

—Al Corso Massimo d'Azeglio.

Iba á ver á Alda; pocos días antes le habían indicado el nuevo domicilio de la joven y se había sentido tentado de ir á hacerla una visita.

Y resistió al deseo.

Pero en aquel momento se dirigió con otro objeto muy distinto á casa de la cortesana.

Nunca el honrado, el íntegro gentilhombre se había sentido tan inmediato á la desesperación.

La cabeza le dolía fuertemente y condensaba en un esfuerzo cuanta voluntad tenía para no perder del todo la cabeza, para reflexionar sobre la conversación que había de sostener con la cortesana.

La parada del carruaje le sacó bruscamente de sus meditaciones.

Estaba á la entrada del Corso Massimo d'Azeglio.

—Sigue—dijo el gentilhombre sacando la cabeza por la ventanilla—; delante frente á la penúltima casa.

—Sí, caballero.

Cuando llegaron allí, el marqués aparecía más sereno.

Descendió, pasó lentamente el vestíbulo, subió la amplia escalera, espléndidamente iluminada, y llamó con violencia a la primera puerta que encontró delante.

Una camarera que el marqués no había visto nunca abrió.

—¿Habita aquí la señorita Alda?

—Sí, señor; pero no está en casa.

—¿Sabe á dónde ha ido?

—Al teatro Alfieri.

—Muy bien.

El marqués descendió casi corriendo la escalera. Cuando iba á subir de nuevo al carruaje, un amigo suyo, el comendador Ranco, que por casualidad pasaba por allí, le llamó por su nombre.

El marqués de Castellazzo se volvió hacia su amigo y éste se asustó al verle el rostro encendido, rojo.

El comendador sabía que en aquella casa de la cual el marqués había salido habitaba la *Bella Turinense* y tuvo un presentimiento.

Después de estrecharle la mano, el comendador preguntó á su amigo con voz conmovida:

—¿Así, pues, sabes...

El marqués se sobresaltó.

—¿Qué?

—No debes hacer caso; son cosas que suceden todos los días!

—Por Dios, explícate, no te comprendo.

Su amigo le miró maravillado.

—¿No vienes de casa de la *Bella Turinense*?

—Sí.

—¿No has ido para hacer cesar el escándalo?

—¿Qué escándalo?

—No te hagas el ignorante con un amigo que pudiera darte un buen consejo.

—Te juro que no te comprendo.

—¡Cómo! ¿No sabes que el conde Darío es el amante oficial de la *Bella Turinense* y que se exhibe con ella por todas partes?

Era demasiado para el marqués; sin embargo, éste se contuvo con un esfuerzo supremo y abriendo la portezuela del carruaje dijo con acento abogado:

—Sube conmigo.

Y dirigiéndose al cochero agregó:

—Al teatro Alfieri.

El carruaje volvió á ponerse en marcha.

—¿Vas á sorprenderles?—preguntó el comendador.

—¿Crees, pues, que Darío esté en el teatro con ella?

—Estoy seguro; por otra parte, repito que son cosas que se repiten con mucha frecuencia y obrarías mal tomándolo en serio. Darío no tiene mader

de santo; le gustan las mujeres y como tiene lejos la mujer, se aprovecha. Sólo que no debiera mostrarse tan públicamente con Alda; el mundo juzga más de las apariencias que de la realidad.

El marqués de Castellazzo sentía que le zumbaban los oídos; apenas oía lo que le decía su amigo.

—¿Por qué se ha ido tu hija al campo?

El marqués se sobrecogió.

—Para reponer su salud... ¡Ah! ¡La infeliz no se imagina, seguramente, que su marido la falte de tal modo!... Pero yo pondré remedio.

—Toma las cosas con calma; escúchame á mí, evita el disgusto. Comprendo tu dolor; pero piensa en tu hija, que lo ignora todo. Estoy seguro de que si ella estuviese aquí, Darío no la faltaría al respeto; es demasiado caballero.

¡Ah, si su amigo hubiese sabido toda la verdad! ¡Si se hubiese podido imaginar lo que hervía en el alma del marqués!

El comendador continuó:

—Oye; en vez de ir al teatro, podemos dirigirnos al Círculo á jugar una partida de tresillo.

El gentilhomme le interrumpió.

—No; necesito convencerme con mis propios ojos de que se trata de mi propio yerno.

—Obra como quieras; voy contigo.

Los dos caballeros entraron en el Alfieri al finalizar el segundo acto de una brillante comedia.

Recitaba Ferravilla.

Los dos caballeros tuvieron que permanecer en pie al lado de la orquesta, detrás de un grupo de jóvenes oficiales.

El teatro estaba llenísimo; todas las miradas se dirigían al palco prosenio.

El marqués de Castellazzo y el comendador Ranco miraron á los otros palcos.

Y no tardaron en ver en segunda fila al conde Darío y á Alda, el uno sentado al lado del otro. Ella reía, mostrando sus blanquísimos dientes, volviendo á cada instante la linda cabeza, cubierta por un lindo sombrero cargado de plumas, hacía el conde, que no la quitaba los ojos de encima.

—He visto bastante—dijo el marqués á su amigo en voz baja—. Me voy.

—¿Qué piensas hacer? Calma, amigo mío, calma.

—La tendré, no temas.

Se estrecharon efusivamente las manos y se separaron.

El marqués salió del teatro, subió de nuevo al carruaje y se hizo conducir á casa de Alda.

Durante el trayecto había trazado en un papel las siguientes líneas:

«Ven inmediatamente á tu casa; se trata de un asunto urgente que no admite dilación; te aguardo.

El marqués de Castellazzo.»

El gentilhombre entregó en sus propias manos este billete á la camarera de Alda, á la que, á la vez que la daba una espléndida propina, la dijo:

—En cuanto regrese tu dueña entregas esta carta al conde de Monterani, que seguramente la acompañará. ¿El conde pasa aquí todas las noches?

—No, señor; cena aquí con la señora; pero luego se retira.

—Muy bien.

Y, volviendo á descender la escalera, el marqués murmuró:

—No me pondré en ridículo ni daré escándalo; pero el miserable será castigado.

El cochero aguardaba.

—¿A dónde le conduzco ahora, caballero?

—A ninguna parte; ten.

El marqués le pagó, dándole una soberbia propina, y á pie se dirigió á palacete de Darío.

VIII

Darío acompañó á su casa á la *Bella Turinense*.

—Me quedo á cenar contigo—la dijo el conde, entrando con ella en sus habitaciones.

Alda iba á responder cuando la camarera dijo:

—Han dejado una carta para el señor.

—¿Para mí?—respondió Darío sorprendido—. ¿Quién te la ha dado?

—Un caballero anciano que ha venido dos veces á buscar á usted.

El conde cogió la esquila y al leerla palideció.

—¿Qué ocurre?—preguntó Alda, que lo observaba.

Él, sin responderla, la entregó el escrito.

También Alda se impresionó.

—¿Piensas ir? ¿Qué crees que tenga que comunicarte con urgencia?

Darío se encogió de hombros.

—¿Qué ha de ser? Se habrá enterado de mis relaciones contigo; éstas las conoce ahora todo el mundo.

—¿Te disgusta?

—Si así fuese no me dejaría ver contigo al lado por todas partes.

La *Bella Turinense* le dirigió una mirada que llegó hasta el fondo de su alma.

—¿Qué responderás á sus reproches?

Darío sonrió maliciosamente.

—¡Por Baco! Le diré que si á mi esposa le gusta la soledad porque as tiene tiempo para pensar en su desventurado amante, es justo que yo tome el desquite.

La joven frunció el entrecejo y después, mirando fijamente á Dario, dijo

—Cuando hayas hablado con tu suegro vuelves aquí; te aguardo.

—Gracias, querida; vendré—respondió él besándola.

Un imperceptible temblor agitó las narices de Alda; pero su bella boca permaneció sonriente.

—Hasta la vista... y me lo dirás todo, ¿verdad?

—No lo dudes.

El conde se marchó apresuradamente. Por el camino pensaba si verdaderamente su suegro querría hablarle de Alda.

Aunque así fuese, estaba dispuesto á desafiar aquella borrasca con mucha tranquilidad.

En efecto, llegó á su casa completamente dueño de sí.

A la puerta encontró á uno de sus criados que le notificó la presencia del marqués.

—Está en la sala de la señora condesa—dijo el doméstico.

—¿Hace mucho tiempo que aguarda?

—No, señor; ha llegado hace pocos minutos; no debe encontrarse bien; tiene el rostro muy encendido y las venas de la frente tan hinchadas como si fueran á estallarle. Le he preguntado si deseaba alguna cosa; me pidió un vaso de agua y después me dijo que me retirara y que le avisase tan pronto como el señor conde llegara.

Dario no se impresionó. En su rostro no se reflejó ninguna señal de sorpresa ó de disgusto.

—Muy bien—dijo sencillamente.

Y se encaminó á sus habitaciones á dejar el sombrero y los guantes.

El criado le había seguido.

—Quédate aquí—le dijo el conde—y si te necesito te llamaré.

Se miró al espejo, irguió la cabeza, y con la sonrisa en los labios se dirigió á las habitaciones de su esposa.

El marqués de Castellazzo aguardaba sentado en una silla, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos.

Pero cuando oyó el ruido que produjo la puerta al abrirse, levantóse apresuradamente.

—¡Ah, es usted!—exclamó con un acento tan extraño que Dario, á su pesar, se impresionó.

Sin embargo, el joven respondió con serenidad:

—Soy yo; recibí su misiva y me he apresurado á venir. ¿Qué sucede?

—Ahora lo sabrá.

El marqués cerró la puerta con llave y guardóse ésta en el bolsillo.

—Pasemos al tocador de mi hija—agregó siempre con el mismo tono el marqués—; allí nadie podrá escucharnos.

Dario la siguió y sorprendióse de encontrar la luz encendida en aquella estancia.

El marqués debió estar allí para tomar sus precauciones, porque la ven-

tana que daba á la terraza estaba herméticamente cerrada. El gentilhombre en cuanto entraron en el tocador, hizo lo que en la salita, esto es, cerrar la puerta con llave y guardarse ésta en el bolsillo.

—Ahora estamos solos, bien solos—exclamó con acento de satisfacción.

Después se volvió bruscamente hacia Darío y, cruzando los brazos sobre el pecho, agregó con voz ronca y sibilante:

—Señor conde, ¿ha conocido usted á un granuja que se llamaba Giulio Pantasio, conocido también por *Manolestá*, amigo de un infeliz apodado el *Tenebroso*?

Darío, al escuchar esta pregunta que no esperaba, se puso en pie aterrado y más blanco que la camisa que llevaba puesta.

—No sé á quién se refiere usted—dijo con voz apagada.

El marqués de Castellazzo sacó del bolsillo interior del abrigo una carta y se la entregó.

—Y este escrito ¿lo conoce?

El rostro de Darío se tiñó de púrpura; el joven se consideró perdido.

No había duda. Aquella carta que el marqués estrechaba en sus rígidos dedos era una de las que él escribió á Alda, quizás la más comprometedora.

¿Cómo había llegado á manos de su suegro? ¿Le vendía la *Bella Turinense*?

Estos pensamientos se atropellaban en su cerebro; sin embargo, el miserable trató de reponerse.

—Esto es una chanza que no entiendo, como tampoco sé lo que quiere decir con esa carta.

—Miserable, finge usted no conocer esta letra; pero su mismo rostro le vende y no es esta la sola prueba que tengo de sus delitos! ¡Es usted un canalla que asesinó á su amigo, le robó el nombre y la fortuna, y, no contento con esto, se introdujo en mi casa para engañar á mi hija é infligirle la marca de su iniquidad!

El marqués estaba terrible, espantoso, irreconoscible.

Su rostro, rojo por la cólera, parecía hinchado; un espasmo contraía su boca y sus ojos parecían saltar de las órbitas.

A pesar de su audacia, Darío tuvo miedo y retrocedió.

—¡Es falso, es falso!—repitió.

—¡Ah, es falso! ¿Quiere, pues, que le lea esta carta de su puño y letra? ¿Es falso? ¿Por qué, entonces, se muestra tan aterrado, por qué esa palidez de muerte en sus mejillas, por qué esa vaguedad en las miradas?

El marqués, pronunciadas estas palabras, se acercó á su yerno, y, apuntándole con un revólver, le gritó con la boca llena de espuma:

—¡Confiesa, asesino, confiesa!...

Darío temblaba.

—¿Quiere asesinarme?

—Eso dependerá de tí; de todos modos, no saldrás vivo de esta habitación; he tomado mis medidas. Cuando un miserable como tú adquiere por

El viaje de la vida.

¿Querías que os diga, amigos, lo que es la vida?

Escuchad:

Un viajero emprendió, contento y despreocupado, una caminata. Salíó por la mañana de su hogar lleno de esplendores, donde la dicha cantaba un cántico que era una sonrisa y una promesa y una bendición. Llevando en su oído como una caricia el eco de aquella canción venturosa, el caminante emprendió la marcha.

Hizo una jornada breve por un ancho sendero y recibió mil besos, sin que pudiera saber quién se los daba. Era la Naturaleza madre que así afirmaba y sellaba sobre él su maternidad. El aire claro, la tierra regocijada, el espacio sereno, le sonreían. En su espíritu abríanse fragantes las ilusiones. Al contrario de Hamlet, veía en los contornos de las nubes dibujarse formas que reproducían los esplendores de su hogar, la sonrisa, la promesa, la bendición.

Y sonrió, prometió, bendijo.

Llegó á una encrucijada y le vino al encuentro un mancebo hermosísimo, de rostro sonrosado, de traza gentil.

—Soy el Amor—le dijo—; llévame contigo.

Siguieron andando juntos. A poco andar el Amor se deslizó por un atajo y el viajero quedó solo.

Sintió por primera vez fatiga y desaliento. La atmósfera comenzaba á tornarse oscura, la tierra á entristecerse, el espacio á llenarse de agitación y melancolía. Dió unos cuantos pasos más y paró en otra encrucijada. Una figura contristada y lívida, viajero, eterno viajero, le tendió la mano.

—Soy el Desengaño—le dijo—. Te acompañaré.

Y en compañía anduvieron largo trecho, tan unidos que una misma y sola persona semejaban.

El viajero ya no sonreía, ni prometía, ni bendecía. Lloró, renegó, maldijo, pensando en su hogar lejano, cuyos esplendores habían dejado de reproducir las nubes cobrizas y amenazadoras.

Y llegaron, ó por mejor decir, llegó á una

nueva encrucijada, donde una cruz levanta ba sus brazos. Sombra habían venido á ser la lumbre espléndida de la mañana y las sonrisas y la promesa y la bendición. En la sombra, acurrucados, se plañan amargamente muchos seres que llamaban hermano al viajero.

Adelantóse una figura trágica, atormentada y doliente.

—¿Ves esa cruz?—le dijo—. Tuya es, y mía y de todos. Abrázala y sígueme. Te acompañaré hasta el final del viaje. Yo soy el Dolor.

Siguieron reunidos el viajero, el Desengaño y el Dolor, pero en unión tan íntima que en apariencia no eran sino uno.

Y llegaron, ó por mejor decir, llegó á la última encrucijada, caída la noche. Noche espantosa. ¿Dónde estaban los esplendores del hogar lejano? ¿Dónde el florecimiento primaveral del espíritu? De la canción venturosa cuyo eco guardó su oído hasta la tarde no le quedaba al viajero ninguna memoria. La oyó cantar á otros viandantes que pasaban y que en medio de la noche saludaban á la mañana; mas parecióle sin sentido.

—¿Será—pensó—que para ellos es mañana lo que es noche para mí?

Dió unos pasos más y una horrenda figura, fantástica, sobrenatural, enemigo, tornóle el avance. En ella lo que fué cabeza era cráneo despojado y mondo; lo que fué cara, calavera; los que fueron ojos, cuencas vacías; lo que fué boca, horroroso agujero.

Miróle con los que fueron ojos, hablóle con lo que fué boca y le dijo sencillamente:

—La Muerte soy.

Hubo de pronto en la noche luz. Vió el viajero nubes y otra vez le dibujaron formas que recordaban los esplendores de su remoto hogar. Renació en su oído el eco de la canción venturosa. Y volvieron la sonrisa, la promesa, la bendición.

Entonces nuevamente sonrió, prometió, bendijo.

Llévame contigo—exclamó.

Se acabaron el cuento, el viaje y la vida.

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ

El baile antiséptico.

Si el miedo al microbio es "el comienzo de la sabiduría", según reza un moderno axioma higienista, los americanos están á punto de

convertirse en los seres más sabios de la tierra.

No hace mucho que cierto doctor hizo el

cálculo de los microbios que se transmiten en un beso y declaró solemnemente que este género de caricias equivale a un crimen.

Hoy nos llega del otro lado del Atlántico una novedad por el estilo: el vals higiénico.

Ha hecho su aparición, como es natural, en un Centro científico: en el baile organizado recientemente por la Sociedad nacional de Farmacia de Nueva York. En este vals bailarines y bailarinas se mantienen unos frente a otros a suficiente distancia para evitar que pueda transmitirse ningún germen. Vista des-

de lejos, esta danza semeja el suplicio de Tántalo: parece que a cada instante las parejas van a enlazarse... pero permanecen siempre apartadas al menos por un espacio de 60 centímetros.

Los espectadores se muestran unánimes en declarar que el tal ejercicio es muy airoso. Sin embargo, ya es sabido que allí donde se extrema la higiene el placer se ahuyenta, y semejante preocupación por la antisepsia parece más propia de una sala de operaciones que de un salón de baile.

La isla de los enfermos.

Sabido es que en Dinamarca alcanzan las cuestiones sociales un alto grado de desenvolvimiento, y allí marcha la práctica de acuerdo con las teorías que se predicán.

En efecto, la Sociedad de socorros a los débiles patológicos, que funciona en aquel país, va a intentar ahora una curiosa experiencia social de la que esperan positivos beneficios sus organizadores. Dicha Sociedad ha adquirido la isla de Livo, en el fjord de Lim, y va a construir en ella un asilo para hombres débiles de espíritu, animados de pensamientos nocivos ó poseídos por el afán de la ociosidad; en tal asilo serán recibidos de igual manera los enfermos mentales que los atacados de ese mal moderno de no querer hacer nada, que tantas desgracias y disgustos acarrea en el seno de las familias y a los pueblos en general.

Los asilados gozarán en la isla de una existencia que pudiéramos llamar paradisíaca, porque disfrutarán la más absoluta libertad en sus movimientos y en sus gustos. Los vagabundos, por ejemplo, podrán desarrollar libremente sus impulsos de ocio, porque ten-

drán a su disposición un territorio de trescientas cincuenta hectáreas de extensión, sin que se les obligue a trabajar en un oficio ó arte determinado.

Esto no quiere decir que en la isla de Livo haya de practicarse la holganza; todo al contrario, se realizarán allí faenas agrícolas y forestales y se montarán fábricas, y en cualquiera de estas ocupaciones, en la que ellos elijan, se emplearán los asilados, a los cuales se les irá poco a poco y despacito haciéndoles entrar en caja, es decir, en el trabajo y en una existencia como la que llevamos los demás mortales y que sirve para alimento de nuestros cuerpos.

De modo que, al cabo de algún tiempo, resultará de esta intentona de los sociólogos dinamarqueses la mayor de las paradojas: porque esa isla de los holgazanes se convertirá, por virtud de las predicaciones y ejemplos de aquellos altruistas bienhechores de la Humanidad, en la isla de los sanos de espíritu, y, sobre todo, en la maravillosa Isla del Trabajo.

La nerviosidad de Caruso?

Contando recuerdos de su vida en un periódico extranjero, el célebre tenor Caruso dice, entre otras cosas:

—Toda mi vida he sido víctima de la nerviosidad; pero no podría decir si esto ha constituido para mí una ventaja ó una desventaja. La misma angustia que me produce la excitación nerviosa hace que mi voz sea lo que es. No envuelve ningún mérito personal. Esta fiebre se traduce ante el público

por efectos misteriosos. Cada vez me hace sufrir más esta nerviosidad. Una vez que el emperador de Alemania tuvo la bondad de felicitarme por mis esfuerzos vocales sentí una emoción tan grande que me quedé sin voz y me fué imposible darle las gracias. Después del terrible desastre de San Francisco se perturbó de tal modo mi sistema nervioso que creí que me había quedado sin voz para siempre.

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales.
Madrid, provincias y extranjero.

Asalto de armas desgraciado.

Madrid, 7 Junio.

En la calle del General Castaños, 15, entresuelo, reuníanse para tirar al florete Luis Ramos Izquierdo, de diez y siete años; Ricardo Trujillo de quince, y Juan Manuel Meana. Esta tarde en el asalto tiró primero Luis Ricardo, contra Juan Luis; éste recibió una estocada en un ojo que llegó hasta el cráneo, muriendo una hora después. El padre del muerto, que se hallaba en casa, al oír gritos, lanzóse á la sala. El agresor, á sus pies, pidióle perdón. El padre de la víctima se lo concedió. El Juzgado le ha dejado en libertad provisional. La escena fué emocionante.

La guardia civil agredida.

Cáceres.—Se conocen nuevos detalles de la agresión á la guardia civil.

En el pueblo de Pasarol se presentaron los civiles al mando de un teniente á prender al vecino José Blázquez, sujeto de malos antecedentes y que tiene cuarenta pendientes con la justicia. Detenido el malhechor y mientras se procedía á esposarle, el padre del preso se acercó al grupo de civiles é inopinadamente agredió varias veces con un puñal al teniente Sánchez Casillas. No pudo detenerse al agresor porque emprendió vertiginosa carrera; pero á las pocas horas se encontró su cadáver pendiente de las ramas de un árbol. Uno de los guardias, al ver que caía herido el teniente, disparó su fusil con tanta desgracia que atravesó el brazo de un compañero suyo y el pecho del detenido Blázquez, que cayó al suelo gravemente herido.

Noticias de Africa.

Melilla.—Una carta del campo enemigo dice que la jarca se ha disuelto.

Los beniburriaguel y demás cabilas han regresado á sus poblados. Sólo queda en el campamento de Bu-Ermana una guardia compuesta de seis individuos de cada cabila y entre ellos no suman 80 hombres. Confirma la carta que los moros han desistido de toda acción guerrera, por lo menos durante algunos meses.

Mañana embarcará la compañía de aerostación que vino de Guadalajara.

Ha venido á la plaza el general Aizpuru.

En breve quedará instalado el telégrafo entre Melilla y Cabo de Agua.

Ha circulado en los sitios donde se reúnen indígenas la noticia de haber muerto el caid el Mach, jefe de la cabila de Benibuyagi. El Mach era el profeta de mayor prestigio de la citada cabila. Ha muerto, según se dice, á manos de sus parientes, que se han vengado de unas deudas de sangre no liquidadas todavía.

De confirmarse la noticia tendría importancia para nosotros, por tratarse de un jefe estimado en el campo enemigo.

El presidente de la Comisión parlamentaria contestó á Páez Jaramillo que la Comisión de representantes de todos los partidos cumplirá imparcialmente con su deber.

Esta tarde el general Aldave visitó el crucero *Cataluña*.

En una barcaza del muelle se declaró un incendio, que fué prontamente sofocado, con escasas pérdidas. Un obrero resultó con ligeras quemaduras.

El cañonero *Maria de Molina* zarpó con rumbo á Poniente.

Se encuentra muy aliviado del accidente sufrido el ingeniero de las obras del puerto, don Manuel Becerra.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS

Agitación

Paris, 7 (6'33).

Le Matin publica un telegrama de Fez señalando una cierta agitación en la ribera derecha del Sebú, cerca de Hayerel. Teme que el sultán y la embajada sean atacados en el camino.

ULTIMOS PARTES.

La «Gaceta».

Madrid, 7 Junio (10 mañana).

La *Gaceta* publica:

Formando dos grupos de pensionados para estudiar un mes en Francia y Bélgica la organización y funcionamiento de las Asociaciones obreras; disponiendo las condiciones que han de reunir los aspirantes a plaza de conservador de estación ó laboratorio biológico marino; anunciando el fallecimiento en Malesbougne del súbdito español Miguel Payés García; relación de los pleitos incoados ante la Sala de lo Contencioso del Tribunal Supremo; relación de las declaraciones de derechos pasivos hecha por la Dirección general de la Deuda y Clases pasivas durante la segunda quincena de Marzo último; adjudicando el premio Cortina, de la Real Academia Española, á la comedia *Los intereses creados*, original de don Jacinto Benavente.

Corpus de sangre.

Valencia.—A la hora anunciada salieron las tradicionales rocas. El lujo desplegado este año en estas típicas carrozas fué extraordinario. A la procesión asistieron todas las autoridades, menos el general Echagüe, que mandaba las fuerzas que cubrían la carrera. Al llegar la procesión á la catedral, de retorno, y al regresar á las parroquias las imágenes que figuraron en ella, un numeroso grupo de jóvenes acompañó á la imagen de San Valero á la parroquia del mismo nombre en el poblado de Ruzafa.

Al salir de la iglesia dichos jóvenes se entabló una reyerta entre jaimistas y republicanos. Cruzáronse muchos palos y bofetadas y por último sonaron cinco disparos de arma de fuego. En la contienda resultó herido en el muslo izquierdo el joven republicano Miguel Pérez Jimeno. Fué curado en la Casa de Socorro. La herida no es grave. La guardia municipal redujo á los alborotadores.

El año pasado en el mismo sitio ocurrió una colisión análoga.

El ministro de Marina.

San Fernando.—El ministro de Marina recibió la visita de una Comisión de este Ayuntamiento, presidida por el alcalde, que llevaba la misión de entregarle el diploma de hijo adoptivo, título acordado por la Corporación popular por haber alcanzado el general Pidal el real decreto disponiendo la reapertura de la Escuela Naval y otras concesiones de valor para los intereses locales. Entre el ministro y el alcalde cambiáronse amistosas frases. En el expreso de la tarde marchó á Madrid el ministro.

Huéspedes ilustres.—El sultán y Regnault de viaje.

Centa.—Entre los viajeros últimamente llegados figuran el señor La Roda y el diestro Vicente Pastor. Con motivo de la llegada de éste se habla de construir aquí un circo taurino.

También se halla aquí el presidente de la Asociación Hispano-Israelita de Tánger, que conferenció con el general Alfau acerca de la constitución de la Liga en Centa.

Tánger.—Han salido de Fez el sultán, Muley Hafid, y el embajador francés, señor Regnault.

Bolsín mañana.

Interior, 85'25 dinero; Nortes, 101'25 operaciones; Alicante, 98'95 dinero; Andaluces, 66'60 operaciones; Orenses, 27'70 papel; Platas, 95'90 papel.

Imprenta de EL PRINCIPADO. Recaudilla Blanca, 3 bis, baja.